

CURSILOGÍA DEL BOLERO

Héctor Rago A.

rago@ula.ve

INTRODUCCIÓN MUSICAL

Comencemos para contextualizar nuestro tema, oyendo unas cuantas notas de este conocido bolero:

Campanitas de Cristal

Autor: Rafael Hernández

Cuando la brisa de invierno se	de mis campanitas de cristal
cuela	Tilín, tilín, tilán
por mi ventanita,	Campanas que tañen para mí
oigo sonar,	Tan dulce canción.
oigo sonar,	
Como si un ángel con manos	Reir, reir, reir
de seda	Lindas campanitas de cristal
en mis campanitas,	Que alegran mis horas de dolor
Tocara un madrigal,	Sonar, sonar, sonar
un madrigal.	Solo para mí
Tilín, tilín, tilán.	Solo para tí
Oye que bonito es el tilín	Campanitas de cristal

Después de lo cual consideremos que es hasta natural que muchos (sobre todo las generaciones post Los Ángeles Negros y Los Terrícolas), hayan acusado al bolero de cultivar lo pavoso, de apropiarse de formas *demodé*, de bordar y bordear la línea tenue que separa lo sobrio de lo cursi, lo dramático de lo patético. Y a veces de traspasarla desfachatadamente.

INTRODUCCIÓN GENERAL

Empecemos resaltando que como de gusto y colores no han escrito los autores, los detractores de determinadas formas musicales suelen agraviarlas a veces insolentemente. Por ejemplo, la música

académica ha sido etiquetada más de una vez de música para dormir culebras y/o metáforas similares. En la década de los 60's, la clase media caraqueña tildaba al guaguancó y a otros géneros caribeños, de "niche", término de inequívoca evocación discriminatoria, claro, eso ocurría antes de que el boom de la salsa de los 70's (sobre todo de la mano de Rubén Blades) la hiciese parte de sus preferencias. El Rock es música diabólica para la ortodoxia vejucona, y un cierto tipo de Rock era descalificado por "comercial" por los degustadores glamour de la transvanguardia y contracultural, que sólo reconocían como valiosos a dos o tres grupos holandeses o finlandeses, absolutamente underground y por supuestos, absolutamente desconocidos. Somos pocos pero somos puros.

Esa discriminación ocurre con la actual invasión del vallenato, al tildarlo de regusto de la cachifería colombiana, e incluso con la música recia y criolla que decretos "uno por unos" antiguos y recientes han colocado en los oídos del venezolano. En una línea similar se inscribe las acusaciones de acuerdo con las cuales el bolero es cursi, pavoso y demodé.

AXIOMÁTICA DEL PROBLEMA

¿Es el bolero hijo legítimo de una ancestral cursilería? ¿Existe en nosotros una sensiblería cultural que liga a lo lacrimógeno con formas musicales que como el bolero, están en el ácido desoxirribonucleico de nuestro código genético sentimental?

La serie de acusaciones no siempre infundadas por cierto, ni equivalentes entre ellas, nos servirán para asumir con entereza de samurai el siguiente silogismo, simple y concreto que nos servirá de hipótesis de trabajo, escrita con mayúsculas y todo, naturalmente, en letra cursiva:

EL BOLERO ES CURSI

El Bolero es cursi, es nuestra hipótesis. Lo asumiremos como un elemento axiomático y veremos cuál es el corolario de semejante elección.

Si a los amores puros pero imposibles y por tanto trágicos tan de la cultura cortesana occidental, se les pone música y ritmo; resulta un bolero. Los grandes trágicos griegos como Eurípides y Sófocles, ¿no hubiesen compuesto boleros con sus helénicas tragedias si hubieran

sabido tocar guitarra y algo de sangre africana les hubiese corrido por el cuerpo? ¿Es que acaso podemos imaginar una escena más bolerizable que la de Romeo al despertar de su apócrifa muerte y mirar aterrado el cadáver de la adorable Julieta? De haber nacido Shakespeare en el Caribe hubiese cantado para esa escena:

Espérame en el cielo corazón
Si es que te vas primero
Espérame que pronto yo me iré
Para empezar de nuevo
Por eso yo te pido una vez más
Me esperes en el cielo
Que allí entre nubes de algodón
Haremos nuestro nido

Y no se llamaría William Shakespeare sino Paquito López.
Otelo el Moro, carcomido por los comentarios de Yaco, hubiese cantado:

“Celos malditos celos, por qué me matan sino hay razón...”
Y se esta vez Shakespeare se llamaría Rafael Hernández.

En el clásico del romanticismo alemán, el joven Werther desbordado por la pasión le dice a su bienamada Carlota:

Entonces volaré a tu encuentro, te tomaré en mis brazos
y nos uniremos en presencia del eterno....Al borde del
sepulcro brilla para mí la verdadera luz, ¡volveremos a
vernos!

En cambio por estas latitudes, en similares circunstancias, la dolorosa melancolía lleva a cantar:

Hemos jurado amarnos hasta la muerte
Y si lo muertos aman
Después de muertos amarnos más

pero el cursi no es Wolfgang Goethe, sino Olimpo Cárdenas y Julio Jaramillo.

SOCIOLOGÍA DE BOLSILLO Y EL BOLERO

Sucede que nuestra historia está demasiado llena de abnegadas y apasionadas heroínas y románticos y apasionados héroes, reales y literarios; y la apabullante cotidianidad nos castra nuestro romanticismo desesperado: entonces el bolero nos lo devuelve maquillado y retocado como una cuarentona arrepentida.

Si en la vida real un pequeño muro es un obstáculo insalvable, en el universo del bolero *“no habrá una barrera en el mundo que mi amor profundo no pueda romper”* porque además, *“esa maldita pared, yo la voy a romper algún día”* y si de esfuerzos mayores se trata, *“ahí está la montaña / que te separa de mí / y si la cumbre es de hielo / con mi amor yo la voy a fundir”*.

En este juego de espejos intercambiables se da un proceso identificatorio en el que el discurso meloso y melodioso del bolero actúa como catalizador, y al final somos damas o señores, somos princesas o príncipes; es decir, el protagonista soy yo porque ese bolero lo hicieron precisamente a mi medida, yo serví de inspiración. Como él es, yo soy; su letra soy yo porque ese bolero es mío.

Naturalmente que para que el catalizador funcione debe haber una resonancia entre los tonos del bolero y los tonos culturales del destinatario. Un ardoroso proceso de ajuste mutuo garantiza esa resonancia.

Tanto la mujer de pueblo o de las humildes barriadas citadinas, pasando por el ama de casa con elefantitos de “yadró” en el chifonière hasta la oligarca de rancia o reciente incorporación a las burguesías nacionales, todas comparten su destino de mujeres igualadas por el rasero de protagonismo como primerísima figura en el drama del bolero. Son todas ellas las que están hechas de miel y rosas en botón, sus ojazos negros son puñales de hoja damasquina, sus labios, siempre de carmín, sus perfiles, marfilíneos, su piel alabastrina tienen el perfume que fascina, su boca, en tan lindo estuche de peluche rojo, su pie es menudito como un alfiletero... Eran y son además de protagonistas, las destinatarias del bolero que consumían en la rockola provinciana, en el pick up que estaba al lado de los elefantitos o en la elegante orquesta de club exclusivo, muy respectivamente.

El folletín, la radionovela (¿alguien recuerda Tamacún, el Vengador Errrrante?), la telenovela, el consultorio sentimental (¿alguien recuerda el de Scarlett?) y el cine, se encargaron de proveernos el mínimo común múltiplo sentimental apoyado sobre el máximo común denominador de un mismo idioma y una historia paralela.

Nuestras sociedades como cultura de masas tienen la mezcla apropiada de candor un tanto peripatético e ingenuidad, alojada en el rinconcito más sentimental de nuestra almita latinoamericana. Por eso evocamos una rosa pintada de azul, y por eso como un niño cuando te fuiste me quedé llorando.

Nuestro axioma básico es válido porque hay un isomorfismo entre el discurso melancólico amoroso del bolero y los códigos culturales del destinatario. Es lo que podríamos llamar lo cursilón-latinoamericano, tan bien y también comprendidos por la estética de Joaquín Riviera. Es sin ninguna duda, la porción de Lila Morillo que llevamos dentro.

Este regusto por el melodrama nos guiña un ojo en la **ranchera**, se insinúa en el **vallenato**, se nos aparece con descaro en el **tango** y se exhibe desvergonzado en el **bolero**. Padrísimo manito, berraco hermano, macanudo pibe y chévere mi pana. Muy respectivamente también.

Por eso, tu retrato está colgado en el cuartito donde yo noche tras noche te besé, nosotros somos dos gotas de llanto en una canción y las palmeras están siempre y sistemáticamente borrachitas de sol.

Hubo quien afirmara que el amor es la cursilería disfrazando el deseo en la intimidad estricta de la pareja. Los juegos orales de los amantes, es decir, los amapuches verbales (mi currunchuchún, mi papuchi...) de toda intimidad, asumen en el bolero la forma de: *amorcito corazón, la gloria eres tú...* y además son catapultados desvergonzadamente en forma de serenatas, rockolas, CD's y mp3's a los cuatro vientos azules del Caribe.

Un ejemplo rotundo nos lo brinda el bolero La Guinda, de Eusebio Delfín y P. Mata:

La Guinda

En los labios rojos	Una risa loca
En los dientes blancos	Loca, loca, loca
De tu boca linda	Y en tu boca linda
Linda linda linda	Temblaba una guinda
Temblaba una guinda	Yo quise cogerla
Roja roja roja	Y al ir a morderla
Deja que la coja	Los labios mordí
Deja que la muerda	Y tu boca linda
Que no se me pierda	Se tiñó de rojo
Entre la blancura	Fue cruel el antojo
De tus dientes chicos	Pues aún no sé si
Entre la dulzura	Fue zumo o fue sangre
De tus labios ricos	De boca o de guinda
Había en tu boca	Lo que me bebí

Cursi, sin duda, pero de una cursilería que tiene cabida y sitio preciso en nuestro universo cultural. No hay ninguna presunta intención paródica en esa letra, por más que algunas décadas de distancia nos haga suponer que la hay.

DIGNIFICACIÓN DE LA CURSILERÍA

Bryce Echenique ha abogado explícitamente por desacralizar la cursilería y asumirla plenamente, porque está en nuestra alma y por tanto en nuestra obra.

Otro tanto opina Mario Benedetti: “a veces a uno le gusta una canción cursi y pienso que si a uno le gusta (...) es porque está ligada un hecho que le ha pasado a uno en la vida, un hecho amoroso, por ejemplo”.

Pero no hay duda de que es el Flaco Agustín Lara quien de manera más contundente ha contribuido a dignificar la cursilería. En una entrevista a Carlos Monsiváis, Lara declaró:

Soy ridículamente cursi y me encanta serlo. Porque la mía es una sinceridad que los otros rehuyen... ridículamente. Cualquiera que es romántico tiene un fino sentido de lo cursi y no desecharlo es una posición de inteligencia.... Vibro con lo que es tenso y si mi emoción no la puedo

*traducir más que en el barroco lenguaje de lo cursi,
de ello no me avergüenzo...*

Una de sus (miles de) mujeres, la exquisita María Félix divulgó en una ocasión que su marido en las noches solía usar un elegante pijama y remataba la indumentaria con un pañuelo de fina seda que ataba en su cuello. Caballerosa galanura, exclamaba él, pero para ella simple y llana cursilería.

Lo cursi es la única elegancia históricamente posible en el subdesarrollo. Es el empalago confeso, como estrategia para abordar lo sublime partiendo de lo ridículo. La cursilería es un sutil sentido del humor que el bolero esgrime como táctica de reafirmación caribeña; el necesario toque de decadencia kitsch que nos explica y nos interpreta. Más títulos de boleros así nos lo confirman:

Gotitas de dolor, Cinco centavitos de Felicidad, El Cuartico, El Retrato de Mamá...sí somos, y así seremos, qué le vamos a hacer.

Es Felipe Pirela cantándonos Amor se escribe con llanto, o la telenovela Los Ricos también lloran, y naturalmente, la famosa frase que vibró transida de purita emoción en una noche tan linda como aquella, y que repetía el título de una olvidable obra menor de Martí, cuando pregonó: "Amor con amor se paga". Y es que así es el bolero, como sacado de las entrañas de la vida misma, y desfachatadamente multiétnico, pluricultural, democrático, protagonístico y participativo.

COROLARIO

El corolario que se desprende unívoco de nuestro sistema axiomático es éste:

Hay que asumir como una fatalidad de vida nuestra condición cursilona-caribeña-bolerosa. Dejemos que el cariño transite en forma de bolero gracias a la cursilería nuestra de cada día, y si viene alguien a vilipendiarlos a cuenta de nuestra hipótesis inicial, le haremos saber con contundencia y con la seguridad de que cien millones de despechados no pueden equivocarse: sí, el bolero es cursi, ¿y a mi qué?

02 Julio 2005